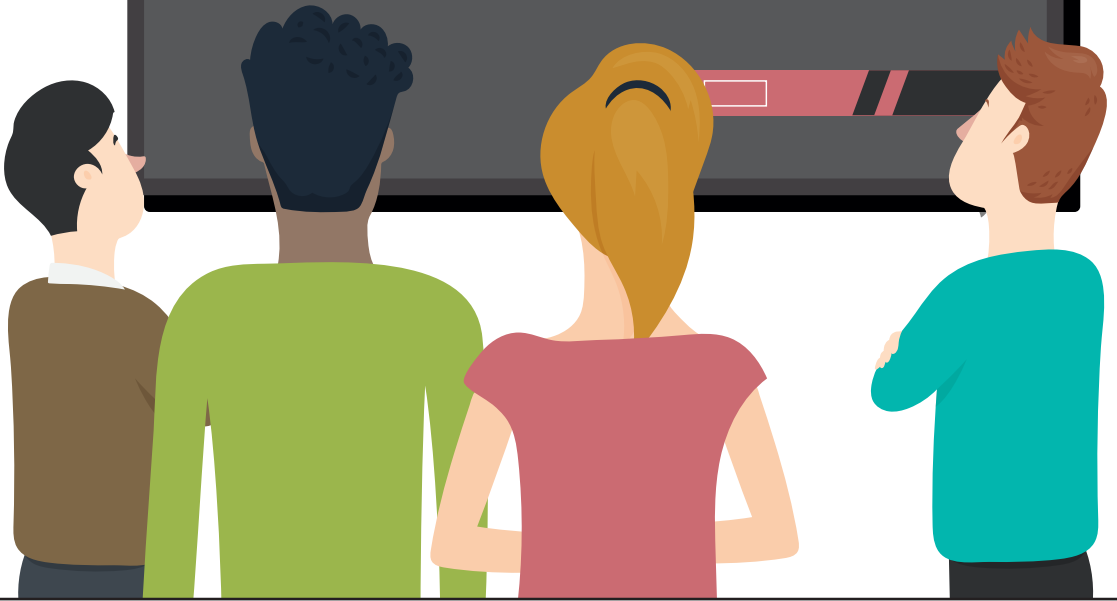


CAPÍTULO 5

CONCLUSIÓN



A manera de cierre

La telenovela es uno de los géneros de ficción con mayor reconocimiento en la industria televisiva colombiana y latinoamericana, puesto que se trata de uno de los productos audiovisuales de recreación cultural más populares y de alto consumo en el país. Este melodrama televisivo constituye un campo de estudio dinámico y en permanente transformación, que se renueva con contenidos diversos, con estéticas novedosas, con abordajes y con temas de actualidad que se adaptan a las necesidades y expectativas de los públicos contemporáneos, nacionales e incluso globales. Es un género televisivo que, sin abandonar sus características tradicionales de tramas románticas y personajes rodeados de dilemas morales, se ha convertido en fuente inagotable de historias, de exploración de formatos narrativos y de formulación –en muchas ocasiones atrevida– de interpretaciones o argumentos explicativos acerca de la vida nacional y los rumbos de la vida social.

En los procesos de socialización que acontecen en una compleja porción del continente como lo es Latinoamérica, la telenovela (venezolana, colombiana, brasilera, mexicana, argentina o peruana, entre otras) ha desempeñado un rol fundamental como acontecimiento cultural –también como rito– de gran importancia en la vida cotidiana de sus audiencias, puesto que genera espacios para la construcción de imaginarios entre sus televidentes, permite la validación de creencias y expectativas de sus diversos públicos, además de promover la reconfiguración de unas identidades que son volátiles entre los jóvenes y los adultos y que afloran en sus sentimientos y modos de relacionarse unos con otros, tanto entre los colombianos como entre los ciudadanos de los diferentes países.

En la telenovela transcurre lo subjetivo y lo emocional, lo cotidiano y lo vivencial, lo cercano y lo inmediato, la riqueza y la pobreza, mezclados con recursos narrativos realistas que se extraen, como lo plantea Guillermo Orozco, de la racionalidad y la perspectiva totalizadora que acompaña al mundo de la economía y la política propios de los programas informativos. En sus relatos y conversaciones priman los sentimientos, el amor y el odio, la lucha de clases y el triunfo del bien sobre el mal, como ingredientes que permiten que el espectador se inmiscuya y sea interpelado con historias verosímiles y cotidianas, cercanas a su entorno –le pueden ocurrir a su esposa, a su hijo, a su vecino, a sus amigos– y significativas, porque le permiten reconocerse allí e interactuar con los personajes y sus conflictos, puesto que se identifica con ellos.

Indagar acerca de las ideas e imágenes de nación que poseen o elaboran los estudiantes universitarios es un asunto de investigación que se sustenta en dos razones relevantes: una primera tiene que ver con los modos centrales de hablar de los jóvenes de hoy, que básicamente se orienta hacia el “hablar con imágenes”, evidente en elementos gráficos como los *emoticones*, por ejemplo, que abundan

en los chats; una segunda, el hecho de reconocer que vivimos –a diferencia de Europa- en un continente mayoritariamente juvenil que ostenta los mayores niveles de exclusión social de esta población, la cual tendrá que hacerse cargo, en un futuro próximo, de las posibilidades de integración social. Por ello, es importante escudriñar cómo imaginan la nación, cómo imaginan ese relato moderno que engloba el sueño de pensar destinos comunes, cómo se conciben desde ahora las posibilidades o no de vivir juntos en el futuro. Y saber cómo lo imaginan los jóvenes desde un producto fuertemente arraigado en la cultura colombiana como lo es la telenovela.

El estudio realizado puso en evidencia que la nación es concebida por los jóvenes universitarios como un asunto inventado y creado por el mundo de los adultos en donde ellos tienen poco interés de participar bajo los parámetros establecidos. Sin embargo, también la asumen como una construcción histórica que configura la posibilidad de narrar un pasado y un futuro común -la conquista, la colonia, la independencia, las regiones, el territorio, el fútbol-, un fenómeno que aparece en los libros de historia y que también está presente en los discursos de los medios masivos: en las noticias, en las redes sociales, en los relatos periodísticos, en las series y en las telenovelas. En este sentido, la nación nombra o designa un “nosotros” y se inserta en la cultura como resultado de confrontaciones, alianzas y consensos que acontecen entre diferentes actores y en diferentes épocas.

Así, entonces, la nación que transcurre y se cuenta en la telenovela colombiana está estrechamente vinculada con la ficción. Ello no implica que esa construcción de nación sea falsa, errónea o mentirosa, sino que aparece como una realidad apropiada por los jóvenes, una realidad social que rodea y navega alrededor de un imaginario conquistado a base de unos relatos y unos olvidos, una fragmentación y dispersión de las grandes explicaciones sobre la organización social que necesariamente conduce a la crisis de los denominados estados nación, es decir, aquel proyecto de la modernidad en el cual podía distinguirse y diferenciarse lo colombiano de lo venezolano, lo mexicano de lo chileno, lo argentino de lo brasileño, lo regional de lo nacional, lo homogéneo de lo heterogéneo; un proyecto utópico de la unidad y de la integración en donde “lo otro” estaba ahí latente, callado, sin manifestarse, pendiente.

En esta medida, la telenovela constituye una experiencia cultural activa, dinámica y múltiple que se configura como un relato de reconocimiento y punto de reencuentro para recuperar la comunicación entre los actores sociales, al visibilizar un fragmento de la realidad que está siendo recreada en el melodrama televisivo. En la familia, el rito cotidiano de ver la telenovela -esto ha cambiado significativamente con la llegada de las múltiples pantallas y plataformas que permiten ver un capítulo o varios en cualquier momento, de forma asincrónica- se consolidaba como un espacio de negociación de sentidos e interpretaciones -aún es posible encontrar

reuniones en casa en donde se comenta lo ocurrido en un episodio, pese a que todos lo vieron, incluso de forma conjunta-, un tiempo para discutir sobre los personajes, los lugares, los afectos y desafectos, los deseos, los modos de ser y las costumbres que se articulan desde la narrativa audiovisual que se les impone y se reconoce fragmentada y lineal, pero que en la vida cotidiana determina y fortalece la relación comunicativa y dialógica del grupo familiar.

Es por esta razón que, para los jóvenes universitarios, la nación se refleja, a la luz de la telenovela colombiana y particularmente desde *Allá te espero*, como una tensión política, social, económica y cultural, un enfrentamiento entre la homogeneidad y la heterogeneidad, una confrontación permanente entre lo nacional y lo regional que se manifiesta en imaginarios ligados a la forma de vestir, la música, la oralidad, los modos de ser, la religiosidad e incluso la gastronomía, que comparten un ideal de unidad desde algo común que se puede considerar bajo el término de “colombianidad”, pero que ocurre, de forma simultánea e hibridada, como lo paisa, lo santandereano, lo tolimense, lo costeño, lo cachaco, lo valluno, lo opita, lo pastuso y lo llanero, para evidenciar que Colombia es un país de países y, como lo plantea Jesús Martín-Barbero, un país de telenovela.

Además, ellos interpretan la nación, desde las imágenes que observan en los medios, como una construcción histórica imaginada, una especie de metáfora que alude a la unidad del territorio, donde es posible dar cuenta de un pasado y un futuro en común, que se ancla en la cultura a través del consenso que acontece entre los diversos actores sociales. Estos jóvenes universitarios ponen en evidencia que la exposición a los medios –hoy presentes en diversas pantallas y en múltiples dispositivos, canales y plataformas- ha determinado y recreado un conjunto de nuevos imaginarios que posibilitan comprender la nación ya no desde una aparente homogeneidad, sino a través del reconocimiento de su multiculturalidad, sus matices y su diversidad, expresadas en lo regional. Precisamente, esas imágenes y sonidos que los medios instalan en las audiencias, son las que generan una identificación colectiva de los diferentes lugares, las distintas fuerzas y los múltiples sentidos que han adquirido las regiones o provincias en la historia de la nación.

La lectura de esas imágenes requiere un espectador ágil, que decodifique y sea capaz de condensar y analizar diferentes discursos y miradas, de entrar y salir de ellos sin permanecer en un solo punto o aferrarse a una sola perspectiva o método. Son habilidades y destrezas que se necesitan para comprender unas nociones o ideas de nación que aparece en forma de relatos visuales y sonoros que se suponen fragmentados e inconexos, un *collage* por donde transitan íconos del deporte, paisajes emblemáticos de lo urbano y lo rural, insignias patrias que tributan a una bandera y a un himno, bandejas paisas mezcladas con arepas de huevo y café, actitudes, formas de hacer y de hablar que, según sus testimonios, forman eso que se conoce como “colombianidad”. De esta manera, identificar las singularidades de

lo colombiano en yuxtaposición con lo extranjero, los valores y religiosidades de los colombianos y las colombianas, sus mitos y leyendas, el aguardiente, el vallenato, la música salsa o la familia como eje de la sociedad, aparecieron al indagar a los jóvenes por las imágenes que representan la identidad colombiana.

Lo nacional se construye, entonces, como una ruptura entre lo tradicional y lo moderno, entre lo moderno y lo posmoderno, a través de una visión más subjetiva de la vida cotidiana, de lo familiar y de lo popular. Estos jóvenes dejan entrever en sus discursos una concepción de la nación colombiana como una creación que se imagina y se reimagina en su propia historicidad, que echa mano del pasado para legitimar el presente y hacer una prospectiva del futuro, que es recreada por los medios en general y por la telenovela en particular.

Este fenómeno evidencia la necesidad de formar un receptor reflexivo y crítico que observe más allá de la pantalla, que no se deje llevar por los lugares comunes, que descomponga los relatos, los analice y recontextualice el sentido del discurso, no para establecer una noción única y estática de nación, sino para explorar, evaluar, interpretar y proponer alternativas sobre la función de los medios en la construcción de los imaginarios sobre esa nación tan compleja y llena de diversidad.

La continua reflexión sobre la práctica pedagógica induce al maestro a observar el contexto en que ésta se ejerce, a revisar aquellos fenómenos que la transversalizan y la caracterizan y a insertarse en las nuevas estéticas y narrativas de los aprendientes; quizás sea este último uno de los aspectos más importantes de la educación de hoy: reconocer que esta es una época mediatizada en donde el trabajo, el esparcimiento y el conocimiento se instalan en y desde los medios.

Existe actualmente un sensible crecimiento en el tiempo que concede el individuo a su consumo, un incremento del poder de la economía mediática que solamente es superado en algunos países por lo militar. En este escenario, se observa que los jóvenes establecen una dinámica de relación de consumo con las denominadas industrias culturales, donde la televisión ocupa un lugar preponderante en la preferencia de este sector del público, que encuentra en la pantalla valores, memorias compartidas, símbolos e imaginarios futuros que recrean su propia temporalidad.

De los productos televisivos que circulan en los diferentes canales, la telenovela se configura como un vehículo cultural de gran impacto que debe ser considerado con mayor importancia en el escenario educativo, puesto que trasciende como una alternativa pedagógica a los formatos verticales de carácter transmisor y dirigista que aún imperan en el aula. El potencial de la telenovela en los diferentes ambientes de aprendizaje está determinado por los procesos de recepción de los actores educativos. Esto implica asumir que para identificar las opciones de codificación y decodificación del lenguaje audiovisual, los contenidos de sus narrativas y el poder detrás de sus estéticas, es necesario aceptar que este melodrama televisivo

ofrece al docente y al estudiante la posibilidad de ejercer una recepción crítica y reflexiva sobre la construcción del mensaje y de la realidad que la telenovela quiere transmitir, que provee herramientas para la interpretación de los “hechos” y permite la construcción racional de una postura frente a ellos.

En virtud de lo anterior, los imaginarios de nación que se generan a partir de la telenovela colombiana constituyen una importante fuente de posibilidades para el planteamiento de estrategias pedagógicas que generen puntos de encuentro entre docentes y estudiantes, que propicien temas de común interés y permitan formas novedosas y creativas de asumir el proceso de enseñanza-aprendizaje que ocurre en diferentes ambientes. Por esta razón, resulta fundamental indagar sobre los modos en que las culturas juveniles actuales están construyendo/deconstruyendo, cuestionando, asimilando y recreando nuevos imaginarios para comprender la nación colombiana, en donde los medios masivos tienen un papel preponderante en los modos en que los jóvenes configuran sus miradas sobre Colombia como país, como nación y como estado.

Esta indagación necesita reconocer, entonces, el papel relevante de los medios masivos, particularmente de la televisión, en la configuración de la nación colombiana como imaginario, desde géneros tan menospreciados y vituperados académicamente como la telenovela, en donde la colombianidad irrumpe frente a la pantalla, con cada nuevo capítulo, cada personaje y cada elemento particular de la trama. No en vano, la telenovela colombiana se ha posicionado con fuerza en los mercados audiovisuales del mundo y permite, a manera de ventana o multipantalla, que propios y extraños se asomen a ese país que transcurre en medio del relato melodramático.

Por ello, la telenovela debe constituir un importante campo de estudio desde sus estéticas y narrativas, sus lógicas de producción y su relación con la cultura, puesto que, en muchas circunstancias y de múltiples maneras, puede decirse – parafraseando a Martín-Barbero – que pasa más realidad del país a través de las historias de ficción que se cuentan en las telenovelas que por aquellas noticias, reportajes y documentales que se emiten en los noticieros de televisión de los canales públicos y privados. Esto implica comprender que la telenovela no es un mero producto de entretenimiento destinado a las amas de casa, sino una fuente inagotable de relatos que dan cuenta de la historia de Colombia, de su cultura, de su identidad y de sus múltiples formas de comprenderse como un país de regiones bien diferenciadas, una nación en donde lo antioqueño o paisa, lo costeño o caribe, lo santandereano o del oriente, lo bogotano o rolo, lo valluno, lo pastuso, lo llanero, lo huilense o lo tolimense, solamente por citar algunos rasgos regionales, equivalen a una especie de muchos países dentro de un solo país.

También resulta importante reconocer que los jóvenes colombianos, particularmente los nortesantandereanos que habitan en la región fronteriza, poseen

dinámicas distintas de apropiación del conocimiento y nuevas formas de ejercer su ciudadanía y su participación como miembros de una nación, puesto que la hibridación cultural –en palabras de Néstor García Canclini- genera mezclas de identidades y de territorios en donde las fronteras o los límites se asumen de otra manera, se visibilizan otras formas de acceder a los saberes y las instituciones educativas entran en un proceso de incertidumbre alrededor de su función social y su quehacer. Esta circunstancia pone de manifiesto la necesidad de pensar en nuevas formas de concebir el proceso enseñanza-aprendizaje, innovar con estrategias pedagógicas que permeen el ejercicio docente desde las múltiples miradas que inquietan a los estudiantes, sin caer en propuestas coyunturales o mesiánicas en donde el docente se desenfoca de su rol de maestro y se sumerge en el facilismo del todo vale y todo es relativo.